

UN CÁLCULO DE PODER

Olvidémonos de la globalización. Apartemos de nuestra mente eufemismos como el del «gobierno» planetario. Dejemos a un lado la idea de que la política exterior de las democracias occidentales responde a propósitos liberales, está controlada por la opinión pública o tiene como finalidad la paz. El sistema interestatal genera rivalidad y guerra, como lo hizo en el pasado y lo seguirá haciendo en el futuro. Preparémonos para los conflictos entre las grandes potencias del siglo XXI. Planteado en términos sencillos, éste es el escandaloso mensaje de *The Tragedy of Great Power Politics*¹. El libro, sin embargo, es bastante complejo. Su autor, John Mearsheimer, destaca como una voz iconoclasta frente a la engréida elite de la política exterior estadounidense, y no es accidental su dedicación al trabajo académico en la universidad, en lugar de hacer carrera como funcionario en la burocracia de la seguridad nacional que confecciona las acostumbradas apologías del papel de Washington en el mundo. Su estilo no sólo está gratamente libre de la jerigonza hipócrita con la que se suele glosar el papel mundial de Estados Unidos, sino que es extraordinariamente accesible: vigoroso, directo y claro, sin rastros de la habitual jerga académica. Pero es también erudito y sofisticado cuando se ocupa de temas complicados y polémicos en ese terreno. Pese a su heterodoxia, es probable que su combinación de profundidad histórica y rigor teórico atraiga a un amplio número de lectores en todo el mundo.

Mearsheimer es un producto intelectual de la tradición de posguerra de la teoría neorrealista sobre las relaciones internacionales fundada por Kenneth Waltz. Los postulados del paradigma neorrealista son económicos y estrictos. Los Estados, que son los principales agentes del sistema internacional, se pueden considerar como otras tantas cajas negras o bolas de billar, si se trata de analizar sus interacciones. Se pueden ignorar sus diferentes configuraciones y presiones domésticas, ya que las líneas maestras de la política exterior de cualquier Estado están necesariamente impuestas por la estructura del sistema internacional, cuya anarquía —esto es, la ausencia de cualquier tipo de jurisdicción consensuada— les obliga

¹ John J. MEARSHEIMER, *The Tragedy of Great Power Politics*, W. W. Norton, Nueva York, 2002, 555 pp.

a luchar entre sí por la supremacía, en una búsqueda infinita de seguridad. Una gran potencia que no pretenda racionalmente la hegemonía correrá el riesgo de jugarse su propia supervivencia. Éste es el destino trágico evocado en el título de Mearsheimer.

Pero Mearsheimer se aparta de Waltz en varios aspectos cruciales. En primer lugar y ante todo, rechaza la idea, desarrollada por Waltz, de que la lógica del sistema internacional tiende hacia un equilibrio, ya que todos los Estados deben tener la misma pretensión de seguridad, y cualquiera que sobrepase ese objetivo, pretendiendo una superioridad sobre los demás, generará inevitablemente una coalición de sus rivales contra sí mismo. Conscientes de esa inevitable reacción, las grandes potencias –en opinión de Waltz– tienden a preservar el *statu quo*, aceptando restricciones en el equilibrio de poder y actuando defensivamente para mantenerlo. La novedad crucial que aporta Mearsheimer consiste en rechazar esa deducción de lo que denomina «realismo defensivo». El imperativo de la supervivencia, argumenta, es incompatible con cualquier tipo de equilibrio entre Estados, ya que la única garantía segura de supervivencia, en un orden anárquico, es la primacía, esto es, no el equilibrio con otras potencias, sino el dominio sobre ellas. Las razones son simples y sencillas y de dos tipos: ¿cómo podría saber una gran potencia que cierto margen de ventaja sobre sus vecinos es «seguro», permitiéndole dormirse sobre sus laureles, y cómo podría predecir la capacidad de sus rivales al cabo de una o dos décadas? Esas incertidumbres inherentes al orden internacional obligan a los Estados, por poderosos que sean, a buscar más poder: para ellos no hay posibilidad de descanso.

Dada la dificultad de determinar cuánto poder basta para hoy y mañana, las grandes potencias son conscientes de que la mejor forma de consolidar su seguridad es conseguir ahora la hegemonía, eliminando así cualquier posibilidad de desafío por otra gran potencia. Sólo un Estado desorientado dejaría pasar la oportunidad de convertirse en hegemónico en el sistema suponiendo que ya cuenta con suficiente poder para sobrevivir².

De hecho, lo que hace Mearsheimer es proyectar en la arena internacional la máxima fundamental de Hobbes: «Porque el poder de un hombre resiste y se contrapone al poder de otro: el poder no es otra cosa que el exceso del poder de uno sobre el del otro».

Por eso mismo sitúo en primer lugar, como inclinación general de toda la humanidad, un deseo perpetuo e insaciable de poder tras poder, que sólo cesa con la muerte. Y la causa de ello no es siempre esperar un goce más intenso que el ya obtenido, ni tampoco ser incapaz de contentarse con un poder moderado. En realidad, el hombre no puede asegurarse el poder y

² *Ibid.*, p. 35.

los medios para vivir bien con que cuenta en el presente sin la adquisición de más poder³.

Ésas son las premisas lógicas implacables sobre las que Mearsheimer, corrigiendo a Waltz, desarrolla su doctrina del «realismo ofensivo». En este mundo no existe ningún Estado satisfecho. Lejos de comportarse defensivamente, argumenta, «una gran potencia que cuente con una notable ventaja de poder sobre sus rivales es probable que se comporte más agresivamente, porque tiene la capacidad así como incentivo para hacerlo»⁴.

Relación de conquistas

Partiendo de esos axiomas básicos, Mearsheimer procede a una revisión analítica de las relaciones internacionales desde la Revolución Francesa, con el propósito de demostrar que los antecedentes históricos demuestran cumplidamente su validez. El grueso de su libro consiste en detallados informes de los cálculos y decisiones estratégicas de las principales potencias del mundo moderno: la Francia napoleónica y las coaliciones que se formaron contra ella; la Prusia de Bismarck y su secuela guillermina; el predominio naval de Gran Bretaña; las ambiciones italianas en el Mediterráneo; la expansión japonesa en el oriente asiático; el ascenso de Estados Unidos; las dos guerras mundiales, y por último la Guerra Fría. En cada uno de ellos ofrece observaciones fascinantes; en conjunto, constituyen un trabajo de gran riqueza. Enhebrándolos todos está el frío y desilusionado juicio del historiador contra las pasajeras modas ideológicas de su país y/o su época.

Estados Unidos aparece, inevitablemente, bajo una luz sombría. Mearsheimer no tiene pelos en la lengua. «Henry Cabot Lodge lo dejó bien claro —escribe— cuando apuntó que Estados Unidos contaba con “un récord de conquistas, colonización y expansión no igualado por ningún otro pueblo en el siglo XIX”»⁵. No es así, por supuesto, como entienden su pasado la mayoría de los estadounidenses: «La retórica idealista proporcionó una oportuna máscara para la política brutal que permitió el tremendo crecimiento de la potencia estadounidense»⁶. Esa duplicidad se ha mantenido hasta hoy. Desinflando mitos posteriores, Mearsheimer muestra que la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, lejos de constituir la reacción frente al ataque a Pearl Harbor de una víctima atónita e inocente, fue el resultado previsto de la «masiva presión coactiva contra Japón

³ Thomas HOBBS, *The Elements of Law, Natural and Politic* [1650], Cambridge, 1928, p. 26; *Leviathan* [1651], Londres, 1988, p. 161 [ed. cast.: *Leviatán*, Madrid, Editora Nacional, 1980, pp. 199-200].

⁴ John J. MEARSHEIMER, *The Tragedy Of Great Power Politics*, cit., p. 37.

⁵ *Ibid.*, p. 238.

⁶ *Ibid.*, p. 250.

para transformarlo en una potencia de segundo orden», desencadenada no tanto por la expansión de Tokio en Asia oriental como por el miedo de que pudiera asestar un golpe mortal a la URSS cuando Hitler estaba a las puertas de Moscú, destruyendo así cualquier posible equilibrio de poder en Europa⁷. Una vez ganada la guerra, cuando la Unión Soviética se convirtió en el principal adversario de Estados Unidos, su principal objetivo fue la superioridad nuclear: «Sería así más preciso definir la política nuclear de Estados Unidos en la década de 1950 como de «prevención masiva» más que de «represalia masiva»⁸. Como en la época posterior a la Guerra Fría, las Naciones Unidas sirvieron poco más que de fachada decorativa para la política estadounidense.

Cuando Estados Unidos decidió que no quería que el secretario general Butros Butros-Ghali estuviera al frente de la ONU durante un segundo mandato, le forzó a que abandonará su cargo, pese a que todos los demás miembros del Consejo de Seguridad querían que permaneciera en el puesto. Estados Unidos es el Estado más poderoso del mundo, y habitualmente consigue lo que pretende en las cuestiones que juzga importantes. En caso contrario ignora la institución y hace lo que considera adecuado a sus propios intereses nacionales⁹.

Mearsheimer no oculta su desprecio por la musiquilla celestial con la que «Clinton y compañía» –Madeleine Albright, Strobe Talbott y sus subordinados– intentaban ocultar estas realidades. Su libro se puede leer como el epitafio preciso para la inigualable afirmación del penúltimo presidente, que cita mordazmente: «En un mundo guiado por la libertad, y no por la tiranía, no sirve el cálculo cínico de la política de gran potencia. No es adecuado para esta nueva era»¹⁰. En todas esas cuestiones, *The Tragedy of Great Power Politics* es una obra definitivamente desmitificadora.

⁷ *Ibid.*, pp. 222-224.

⁸ *Ibid.*, p. 226.

⁹ *Ibid.*, pp. 364-365.

¹⁰ *Ibid.*, p. 23. Se puede juzgar cuán libre de convencionalismos tiende a mostrarse Mearsheimer a partir de sus comentarios sobre el plan de Clinton para Palestina firmado en Camp David: «El plan prevé al parecer un Estado palestino de tres cantones, separados entre sí por territorio controlado por Israel. En particular, Cisjordania quedaría dividida en dos mitades por asentamientos y carreteras judías que irían desde Jerusalén hasta el valle del Jordán. La franja de Gaza y Cisjordania están ya geográficamente separadas por territorios israelíes. Los barrios palestinos de Jerusalén formarían parte del Estado palestino, pero dos de esos barrios serían islas rodeadas por todas partes por territorio israelí, avanzadillas separadas de su patria. El plan de Clinton prevé que Israel mantenga fuerzas militares en el valle del Jordán, de tanta importancia estratégica. Eso significa que Israel controlaría la frontera oriental del Estado palestino. Israel dice que podría estar dispuesto a retirar sus fuerzas al cabo de seis años, pero no hay garantías de que lo haga efectivamente. ¿Y cómo podría hacerlo? El valor estratégico del valle del Jordán para Israel –que es ya grande– no disminuirá con el tiempo. Además, a los palestinos no se les va a permitir poner en pie un ejército con el que defenderse, y tendrán que permitir que el israelí opere en su nuevo Estado si Israel declara un “estado de emergencia nacional”. Esa restricción nos recuerda la infame Enmienda Platt de 1901, que otorgó a Estados Unidos amplios derechos para intervenir en Cuba pero enve-

Sin embargo, por lúcida y vigorosa que sea la crítica de las ofuscaciones liberales que hace Mearsheimer, su presentación de la dinámica de las relaciones interestatales contiene dos graves errores en el mismísimo núcleo de su argumentación. El primero de ellos es la suposición sobre la que descansa toda su estructura teórica: en concreto, que «la supervivencia es el principal objetivo de las grandes potencias»¹¹, supervivencia que siempre se ve amenazada, al menos potencialmente, por el impulso análogo de otros Estados, en condiciones de anarquía internacional. Es importante observar lo que Mearsheimer asegura al respecto: lo que está en juego en esa competición no son las vidas de la población sino la propia existencia del Estado. Toda su explicación depende de esa premisa. En una obra tan fundamentada y detallada históricamente, cabría esperar al menos un capítulo dedicado a demostrarla, pero Mearsheimer no dedica más que un solo párrafo a esa premisa fundamental. En él ofrece una primera aclaración de lo que quiere decir: «La supervivencia es el objetivo primordial de las grandes potencias. Concretamente, los Estados tratan de mantener la integridad de su territorio y la autonomía de su orden político doméstico»¹². Esto parece sugerir que un Estado derrotado en la guerra perderá su territorio y se verá colonizado, esto es, que el fracaso en la contienda interestatal conllevaría su desaparición.

Tal aserto fáctico se puede investigar históricamente, pero Mearsheimer pide que lo aceptemos intuitivamente. Ahora bien, ciertamente hay muchos ejemplos de Estados que fueron destruidos o anexionados por otros más poderosos. Eso ocurrió, en particular en lo que hoy llamamos «el sur», durante siglos de colonialismo europeo y también durante la Guerra Fría, y no sólo en África. Los dirigentes estadounidenses siguen amenazando con tal aniquilación en esas regiones; Paul Wolfowitz, por ejemplo, ha declarado que Estados Unidos «acabará con los Estados» que den amparo a terroristas. Pero los Estados de los que se ocupa Mearsheimer no son éstos, ya que establece una distinción conceptual fundamental entre las grandes potencias —el tema de su libro— y todos los demás. El criterio que las distingue es el militar. «Para ser una gran potencia —escribe— un Estado debe contar con suficientes activos militares como para poder combatir seriamente en una eventual guerra convencional contra el Estado más poderoso del mundo»¹³. Su afirmación sobre la supervivencia de los Estados se refiere precisamente a éstos.

nenó las relaciones cubanoestadounidenses durante más de treinta años. Finalmente, Israel mantendrá el control sobre las reservas de agua de los palestinos y sobre su espacio aéreo. Resulta difícil imaginar que los palestinos vayan a aceptar ese Estado; ninguna otra nación del mundo tiene una soberanía tan recortada. Incluso si se aceptara el plan Clinton, el nuevo Estado será sin duda origen de conflictos sin límite» (*New York Times*, 11 de enero de 2001). Esas verdades innegables son, por supuesto, un tabú insuperable tanto para los dirigentes demócratas como para los republicanos; de hecho, se pueden recorrer de arriba abajo las páginas de órganos tan ilustrados como *Atlantic Monthly* o *New York Review of Books* sin encontrar ni rastro de ellas.

¹¹ John J. MEARSHEIMER, *The Tragedy Of Great Power Politics*, cit., p. 46.

¹² *Ibid.*, p. 31.

¹³ *Ibid.*, p. 5.

¿Es cierto, pues, que la derrota de una gran potencia conlleva habitualmente la destrucción de su integridad territorial y el reparto del país como botín entre los vencedores? Indudablemente, así solía pasar en el caso de las guerras feudales, y también hallamos famosos ejemplos de ello –no sólo la partición de Polonia– en la historia del absolutismo. Pero si consideramos la época histórica que cubre *The Tragedy of Great Power Politics*, vemos desde el comienzo que no sucedió así en el periodo del que se ocupa Mearsheimer. Al término de las guerras napoleónicas Francia no fue desmembrada tras Waterloo. Talleyrand convenció a los vencedores de que esa posibilidad, o incluso imponerle una paz gravosa, sería un error. Bismarck anexionó al imperio alemán Alsacia y Lorena, pero dejó intacto el imperio austriaco. La Entente restauró la independencia polaca y ocupó el valle del Rin, pero aparte de eso respetó las fronteras del Reich. Ni siquiera Hitler abolió el Estado francés después de haberlo aplastado en el campo de batalla (el gobierno estadounidense siguió reconociendo al régimen de Vichy incluso después del día D). Su ingeniería territorial se limitó a Europa oriental, donde la guerra llevada a cabo por los nazis pretendía el exterminio racial y ciertamente habría llevado consigo el desmembramiento de la URSS, pero por razones de hostilidad ideológica hacia el sistema social soviético que Mearsheimer consideraría irrelevantes para su argumentación teórica.

El único caso de una gran potencia dividida por la derrota fue el de Alemania después de 1945, y ahí el conflicto político sobre el orden social –comunismo frente a capitalismo– fue al menos tan determinante como la lógica del «realismo ofensivo». En general, en la era del capitalismo internacional, no hay pruebas de que las grandes potencias derrotadas, ni siquiera sus aliados más pequeños, desaparezcan como entidades territoriales. Tal destrucción puede ser impuesta por los países avanzados a otros periféricos y débiles, como muestra la partición de Yugoslavia, pero incluso esa tendencia ha disminuido espectacularmente. Puede que se mantenga la desestabilización selectiva de Estados del sur manipulando a movimientos separatistas, pero se suele limitar a imponer modificaciones fronterizas. Los días en que las grandes potencias victoriosas podrían borrar del mapa de la estatalidad a sus pares parece desaparecida hace tiempo. ¿Y qué decir en cuanto a la «autonomía política doméstica»? Los vencedores han impuesto ciertamente cambios de régimen a las potencias derrotadas, desde la restauración borbónica en Francia en 1814 hasta la imposición de la constitución japonesa de posguerra por MacArthur en 1945, aunque igual de frecuentes han sido los levantamientos autóctonos a raíz de una derrota, de los que nacieron la Tercera República en Francia, la constitución de Weimar en Alemania o la República italiana de 1946, sin intervención extranjera directa. ¿Cuándo, entonces, se ha visto permanentemente alterada la autonomía política doméstica de una gran potencia?

Así pues, todo el edificio de la teoría realista de Mearsheimer parece descansar sobre un postulado abstracto para el que hay escasas pruebas históricas: que las grandes potencias se enfrentan a una amenaza existencial. Nos vemos así presos de un enigma. Mearsheimer puede convencernos fácilmente de que los principales Estados todavía se dedican a la política de gran potencia. Pero sus postulados no nos explican por qué lo hacen, qué es lo que *genera* tensiones mortales entre ellos. Sin embargo, en el mismo párrafo en el que expone su definición básica de la lucha por la supervivencia estatal, ofrece como ilustración una cita: «Podemos y debemos construir el socialismo –declaró Stalin en 1927–, pero para ello lo primero que tenemos que hacer es existir»¹⁴. Mearsheimer parece pensar que Stalin estaba expresando con esa frase su propia concepción de la necesidad que tiene cualquier Estado de preservar su integridad territorial y su autonomía doméstica. Pero lo que Stalin tenía en la cabeza era algo muy diferente. Para él, la «seguridad nacional» significaba la necesidad de *un tipo particular* de Estado para proteger un tipo particular de orden socio-económico. En ese sentido, la seguridad nacional siempre tiene como núcleo una *sustancia social* específica. Es el baluarte de sistemas sociales particulares, esto es, de estructuras de poder doméstico, en sociedades de clase, que abarcan todo el espectro de la vida, las instituciones y la cultura de las clases dominantes y dominadas, basadas en órdenes económicos específicos.

Mearsheimer es del todo consciente de las diferencias existentes entre esos sistemas. Aunque «la seguridad es el objetivo primordial de las grandes potencias», como señala, «en la práctica los Estados persiguen también objetivos no securitarios», como la prosperidad económica, una ideología particular, la unidad nacional y hasta –ocasionalmente– los derechos humanos. El «realismo ofensivo» no tiene dificultades en reconocer la existencia de esos objetivos no securitarios, «pero se ocupa poco de ellos excepto en lo que se refiere a un asunto importante: los Estados pueden procurarlos en tanto las actividades emprendidas con ese fin no entren en conflicto con la lógica del equilibrio de poder, como es muchas veces el caso»¹⁵. Entonces prevalece la seguridad: por ejemplo, «pese a su compromiso en la ampliación de la democracia a todo el globo, Estados Unidos contribuyó a derrocar gobiernos democráticamente elegidos y apoyó a cierto número de regímenes autoritarios durante la Guerra Fría cuando los estrategias estadounidenses supusieron que esas acciones ayudarían a contener a la Unión Soviética»¹⁶. En cuanto a las «intervenciones en defensa de los derechos humanos», dado que no afectan en absoluto al equilibrio de poder, son meras veleidades autojustificativas. «Pese a la proclamación

¹⁴ *Ibid.*, p. 31.

¹⁵ *Ibid.*, p. 46.

¹⁶ *Ibid.*, p. 47.

de que la política estadounidense está impregnada de moral, Somalia es el único ejemplo en el último siglo en el que soldados estadounidenses fueron muertos en acción en una misión humanitaria, [y] en ese caso, la pérdida de tan sólo dieciocho soldados traumatizó tanto a los dirigentes estadounidenses [que] se negaron a intervenir en Ruanda en la primavera de 1994, [aunque] poner fin a aquel genocidio habría sido relativamente fácil y no habría tenido prácticamente ningún efecto sobre la posición de Estados Unidos en el equilibrio de poder. Pero no se hizo nada»¹⁷.

Esos fríos comentarios dan ciertamente en el blanco. Pero cuando Mearsheimer se vuelca sobre los conflictos entre las grandes potencias del pasado, se ve obligado a realizar una concesión reveladora. Observando que «las teorías estructurales como el realismo ofensivo» no son capaces de predecir el estallido de las guerras, explica que «esas limitaciones derivan del hecho de que los factores no estructurales desempeñan a veces un papel importante en la decisión sobre si un país debe ir o no a la guerra. *Habitualmente los Estados no entran en guerra sólo por razones de seguridad*»¹⁸. Dado que *The Tragedy of Great Power Politics* es esencialmente una teoría de las guerras modernas, podría parecer que esa concesión la invalida. Sin embargo, Mearsheimer adelanta una excusa: aunque «hay que pagar un precio por simplificar la realidad —esto es, por ignorar los factores “no securitarios” aunque sus consecuencias sean tan serias—, el “realismo ofensivo” es como una potente linterna en una habitación a oscuras; aunque no puede iluminar todos los rincones, casi siempre brinda una ayuda excelente para avanzar en la oscuridad»¹⁹. La imagen es bastante atractiva. ¿Pero qué pasa si las pilas de la linterna están estropeadas?

Cambiando de alegoría, digamos que para aprehender la dinámica de cualquier orden internacional moderno tenemos que ir más allá de una imagen de los Estados como personajes unidimensionales pertrechados de armas y examinar las fuerzas sociales dominantes ocultas tras la cartulina institucional, ya que los Estados capitalistas encierran sistemas sociales muy diferentes de sus predecesores y contienen fuerzas sociales —en particular, el trabajo asalariado «libre» y una *intelligentsia* cada vez más extensa— que les han planteado desde hace tiempo nuevos problemas. Gran parte de la política internacional y la guerra desde 1792 ha estado estrechamente relacionada con el control de los desafíos «domésticos» al orden «doméstico», generando un modelo de alianzas o intervenciones que Mearsheimer pasa por alto. Después de todo, las grandes potencias eran muy conscientes al término de las guerras napoleónicas de que Francia podría volver a competir por la primacía en la Europa continental. La lógica del realismo ofensivo habría sugerido la imposición de una

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Ibid.*, p. 335; cursiva añadida.

¹⁹ *Ibid.*, p. 11.

paz cartaginesa, pero Talleyrand pudo persuadir a los vencedores de que respetaran el territorio y la autonomía doméstica de Francia, dado que sus interlocutores entendían muy bien su interés común en volver a meter en el frasco al genio revolucionario francés, y la restauración de la monarquía les parecía el mejor modo de hacerlo. Pero para que cumpliera eficazmente su tarea, había que devolverle su territorio y soberanía tradicionales.

Alianzas internacionales de clase

Del mismo modo, Mearsheimer no explica por qué la Entente hizo una chapuza tan estrepitosa con el acuerdo de Versalles. No parece haber examinado al respecto el libro de Arno Mayer *Politics and Diplomacy of Peacemaking* (1967), que deja claro cuán profundamente afectó los cálculos de las potencias victoriosas el temor a la revolución rusa. Igualmente la gran expansión del poderío estadounidense tras la Segunda Guerra Mundial se vio enormemente facilitada por la preocupación de tantos Estados por su seguridad doméstica frente al comunismo; y las guerras de Corea y Vietnam deben entenderse como ejercicios de política «social» de la gran potencia, en los que Estados Unidos trataba de demostrar su capacidad de frenar el avance del comunismo como movimiento revolucionario.

Con otras palabras, al estudiar la política exterior de los Estados no se pueden ignorar sus estructuras sociopolíticas internas. Las estrategias nacionales de los Estados siempre operan como mediación entre impulsos políticos y socioeconómicos, internos y externos, y la estabilidad del sistema interestatal depende de la adecuación entre esos impulsos internos y externos de los principales Estados. Antes de la Primera Guerra Mundial el sistema de dominación doméstica dependía de la movilización del nacionalismo militarista/imperialista. Se constituyó así un sistema interestatal que funcionaba bien internamente pero reventaba externamente. Hoy en día cabría pensar que nos encontramos en el extremo opuesto: un conjunto de mecanismos externos para preservar la estabilidad (el régimen «globalizado») que provocan tensiones y estallidos internos.

Desde el punto de vista de Mearsheimer todo esto resulta invisible. En su opinión, el periodo que condujo a la Primera Guerra Mundial en Europa ofrece quizá los argumentos más serios en favor del «realismo ofensivo», y así lo trata. Arguyendo que operaba una lógica sistémica que empujaba a las grandes potencias a combatir por el dominio regional, se centra en el expansionismo de los nuevos aspirantes a un *status* mejorado, Prusia –más tarde la Alemania guillermina– e Italia. Las guerras de Bismarck contra Dinamarca, Austria y Francia quedan así disociadas de las disputas entre diferentes fuerzas políticas y sociales alemanas sobre cuál de ellas lograría unificar la nación, y aparecen por el contrario como preparación para una apuesta final al dominio del conjunto de Europa, que se intentó materializar en 1914. «Caben pocas dudas –escribe Mearsheimer– de

que Prusia actuó como lo habría predicho el realismo ofensivo entre 1862 y 1870»²⁰.

Pero de hecho son muchas las dudas que surgen al respecto, dado el premio político que la unificación nacional dio a los *juncker* en su disputa interna con otros grupos que pretendían hablar en nombre de Alemania, y dada la ausencia de pruebas de que Bismarck pretendiera subyugar al resto de Europa, viéndose frenado únicamente por un equilibrio de fuerzas todavía desfavorable. Mearsheimer asegura que en 1900 Alemania ya era lo bastante fuerte para aspirar a la hegemonía y que comenzó entonces a prepararse seriamente para vencer a Francia, Rusia y, si fuera necesario, Gran Bretaña. Pero si ése era el pensamiento predominante en las mentes de las elites germanas, ¿por qué no aprovecharon la derrota de Rusia frente a Japón en 1905 para acabar con el ejército zarista y lanzar el plan Schlieffen²¹ contra una Francia aislada? Mearsheimer concede que su teoría no puede dar cuenta de esa desviación del «realismo ofensivo», sin detenerse por ello a considerar explicaciones alternativas. ¿Es posible que los gobernantes alemanes estuvieran más preocupados por apuntalar el zarismo en un momento de peligro revolucionario, cuando la monarquía parecía tambalearse bajo el asalto de los trabajadores y las minorías nacionales en 1905-1906, que por aprovechar su ventaja estratégica?

Hay, desde luego, muchas pruebas de que Berlín creía en 1914 que podía vencer en una guerra europea, aunque no las hay de que la desencadenara deliberadamente. La crisis de aquel año no se adecua fácilmente al marco del realismo ofensivo, dado su enraizamiento tan claro en las profundas tensiones sociales y políticas que sacudieron las diversas potencias imperialistas del continente en su transición al capitalismo moderno y el papel que venía desempeñando desde tiempo atrás el chovinismo/militarismo orquestado como instrumento de dominación doméstica, manteniendo a raya las amenazas del movimiento obrero y del sufragio universal. Una vez tras otra, desde Fashoda hasta Agadir, este modelo había llevado ya a los Estados europeos al borde de la guerra, casi siempre por motivos poco importantes en un cálculo político racional de grandes potencias, pero con importantes consecuencias eventuales para grupos a los que se pudiera responsabilizar de un fracaso diplomático. En resumen, el profundo fallo estructural en el orden internacional europeo que dio lugar al plan Schlieffen y a su contrapartida de la Entente era inherente a los mecanismos desestabilizadores del dominio político interno, comunes a todas las potencias en liza.

²⁰ *Ibid.*, p. 183.

²¹ Alfred von Schlieffen fue desde 1891 hasta 1905 jefe del Estado Mayor del ejército alemán. Poco antes de pasar al retiro presentó un plan para una guerra en dos frentes, contra Rusia y Francia, basado en el transporte de tropas de uno a otro frente. Ese Plan Schlieffen se convirtió en dogma para el ejército alemán y fue reelaborado por Moltke. Pero una de las previsiones del plan era el paso de las tropas alemanas por Bélgica, Estado neutral; Gran Bretaña se sintió amenazada por la entrada del ejército alemán en Bélgica el 3-4 de agosto de 1914 y declaró la guerra a Alemania [N. del T.].

La unilateralidad del *Primat der Aussenpolitik* [primacía de la política exterior] de Mearsheimer es quizás aún más llamativa en su análisis, por otra parte interesante, del expansionismo italiano, ya que también aquí comienza equiparando la competencia entre diferentes fuerzas domésticas para liderar el movimiento por la unidad nacional con una lógica interestatal sistémica, y a continuación presenta una impresionante lista de las esperanzas italianas de expansión en todas direcciones y de las iniciativas prácticas de Mussolini. Pero la expansión italiana hacia los Balcanes occidentales y el norte de África puede considerarse sin duda como un intento de otorgar a Roma las credenciales coloniales que se consideraban en la época atavíos necesarios de una gran potencia europea, con el trasfondo de las divisiones y tensiones internas que condujeron finalmente al ascenso hipernacionalista del régimen fascista. Las ambiciones imperiales de Mussolini eran sin duda más serias que la irrisoria campaña de las elites polacas en la década de 1930 para adquirir posesiones coloniales en algún lugar, demostrando así que también Polonia podía gozar del *status* de gran potencia. Pero su principal estrategia en el periodo de entreguerras fue la construcción de un bloque de Estados en Europa central, comenzando con Austria y Hungría, que debía vincularse con Italia; ese proyecto colapsó cuando primero esos Estados y luego la propia Italia cayeron bajo la égida germana. De forma muy parecida, la anexión de Corea por Japón en la primera década del siglo xx debe insertarse en el contexto de la penetración estratégica europea y estadounidense en Asia oriental. Las grandes potencias bregaban en todas partes por el control sobre el territorio y la riqueza de los Estados de su época, una dimensión de la política internacional a la que Mearsheimer concede escasa atención.

El poder de contención del mar

¿Qué pasaba entonces con Gran Bretaña en ese periodo? He aquí una segunda anomalía fundamental en el panorama del sistema interestatal que presenta Mearsheimer. El realismo ofensivo no es, pese a las apariencias, una teoría del poder *mundial*. La lógica hobbesiana de la supervivencia impulsa a los Estados a maximizar su poder. Pero a diferencia del espacio hobbesiano abstracto del «estado natural de la humanidad», el universo de Mearsheimer es geográficamente concreto, con continentes y océanos. Todas las grandes potencias deben tratar de dominarlo, y en principio no hay límites a su empuje. En la práctica, empero, ningún Estado puede aspirar a la dominación mundial, porque los océanos suponen una barrera insuperable al movimiento de los ejércitos, aun de los más poderosos del mundo. Mearsheimer llama a esto «el poder de contención del mar». Desempeña un papel crucial en su panorámica general de la historia moderna. Tras considerar el historial de las invasiones por mar, desde el fiasco anglo-ruso en Texel en 1799 hasta el presente, concluye que «no hay ningún caso en el que una gran potencia lanzara un asalto anfibio contra un territorio que estuviera bien defendido por otra

gran potencia»; las excepciones aparentes, como el día D o el ataque a Okinawa, noquearon a adversarios que ya estaban contra las cuerdas por otras razones²². Siendo tales los límites del transporte naval, la potencia aérea es menos capaz aún de asegurar un dominio eficaz sobre un Estado importante al otro lado del mar.

En tales condiciones, ¿qué significa la hegemonía? Para Mearsheimer, un Estado es hegemónico cuando «ningún otro Estado cuenta con los recursos militares precisos para llevar a cabo un ataque serio contra él»²³. El poder de contención del mar implica que la hegemonía global es por definición imposible. La única hegemonía que puede pretender de forma realista una gran potencia es regional: esto es, confinada a su propia masa continental. Más allá de ese perímetro, le interesa simplemente actuar como «equilibrador a distancia» aportando su peso, a distancia, a cualquier coalición necesaria para impedir el surgimiento de una potencia hegemónica regional al otro lado del mar. La lógica de Mearsheimer al respecto parece contradictoria. ¿Por qué debería preocuparse una potencia hegemónica regional por tal eventualidad, si goza en cualquier caso de la inmunidad marítima frente al asalto de sus pares? Mearsheimer pretende salvarse con el débil corolario de que la potencia hegemónica de una región debe permanecer vigilante contra el peligro de que su homóloga en otra preste ayuda a un aspirante de su propio patio trasero. Dado que los obstáculos logísticos deberían postular que tal ayuda nunca será de gran valor militar, no es un argumento muy persuasivo. Tales dificultades teóricas, sin embargo, palidecen frente a los problemas empíricos que presenta su concepto de «equilibrador a distancia».

El primer gran ejemplo que ofrece Mearsheimer de equilibrador a distancia es, como cabría esperar, el de Gran Bretaña. Observando que durante gran parte del siglo XIX contó con la potencia industrial y la población necesarias para reunir una poderosa fuerza con la que intentar la expansión en Europa, señala que sin embargo nunca lo intentó. Por el contrario, dedicó el siglo a aguijonear a unas potencias continentales contra otras en la forma clásicamente prescrita por el memorándum de sir Eyre Crowe en 1907. La explicación que da Mearsheimer de esa autolimitación se basa en su postulado marino. Sugiere que a los dirigentes británicos les habría gustado sin duda establecer su dominio político-militar sobre Europa, pero les impidió hacerlo el Canal de la Mancha. Además, si hubiera tratado de proyectar su poder a través de él, se le habría opuesto una fuerte coalición de rivales continentales. Si Japón, otra potencia insular, pudo cruzar el estrecho de Corea para emprender operaciones terrestres en la península y Manchuria, invadiendo a continuación la propia China, fue porque su camino no se veía obstruido por ninguna gran potencia; Rusia, como demostró su pronta derrota en 1905, no gozaba de ese *status* en el lejano oriente.

²² *Ibid.*, pp. 119-125.

²³ *Ibid.*, p. 40.

Mearsheimer, sin embargo, no aporta pruebas de que ninguna fuerza política británica considerara en ningún momento la expansión hacia el continente o culpara al Canal de constituir una barrera a la proyección del poder británico. Tras la derrota de Napoleón, Londres –insistiendo en su derecho a un paso seguro del Escalda– podría haber establecido con la mayor facilidad guarniciones en los Países Bajos. La creación de Bélgica en 1830 ofreció otra oportunidad obvia para el establecimiento de una cabeza de puente continental si Gran Bretaña lo hubiera deseado. En ninguno de esos casos eran Francia ni los varios Estados alemanes un serio obstáculo para la proyección del poder terrestre británico al otro lado del Canal. Pero Londres no estaba interesado en la lógica del realismo ofensivo. Los gobiernos británicos creían, con razón, que podían emplear su riqueza y otras formas de influencia no militar para equilibrar (o sobrepasar) a cualquier Estado europeo en ascenso con aspiraciones hegemónicas; y el propio hecho de que no tuviera ambiciones territoriales en el continente incrementaría más que debilitaría su influencia política en Europa.

Eso no significa, por supuesto, que los gobernantes británicos fueran más pacíficos o estuvieran menos sedientos de poder que sus homólogos del continente; en todo caso, más bien lo contrario. Se trataba simplemente de que tenían otros lugares donde emplear su fuerza militar: apoderándose de la India y de un enorme imperio ultramarino y manteniéndolo a su disposición. Los ejércitos británicos marchaban al unísono con un orden socioeconómico volcado a las exportaciones industriales, la intermediación financiera y la expansión imperial más allá de Europa. Gran Bretaña era un Estado tan guerrero como cupiera desear, pero su militarismo tenía como objeto la subordinación y explotación de sociedades precapitalistas, en el mayor imperio territorial de la historia. La lógica que ensambla los impulsos hacia el exterior y las estructuras internas del sistema no pertenecen a los imperativos categóricos del mundo de Mearsheimer, en el que cada potencia importante debe tratar de dominar a las demás de su propia región. Para Londres, lo que importaba era el dominio en el mar. La hegemonía que pretendía no era regional, sino naval. Es evidente que en caso de iniciarse una guerra europea Gran Bretaña habría hecho uso de sus recursos militares, trasladándolos de sus colonias al continente. Pero sus dirigentes nunca aceptaron la idea de que la región que rodea una gran potencia sea una zona de emergencia perpetua a menos que se la someta mediante una fuerza superior. Si Gran Bretaña fue un factor de equilibrio en Europa, como sostiene correctamente Mearsheimer, no fue por necesidad geopolítica, sino por decisión estratégica, una opción de largo alcance derivada de la historia y la estructura social del país.

¿Limitaciones estadounidenses?

La obra de Mearsheimer finaliza, bastante lógicamente, con las perspectivas actuales de la potencia estadounidense. Su tratamiento de Estados Unidos, no obstante, lleva hasta el límite las paradojas de su estructura

teórica. A diferencia de muchos realistas convencionales, no trata de presentar a Estados Unidos como el sucesor en el siglo xx de la Gran Bretaña victoriana: Washington ha representado desde hace mucho tiempo una excepción entre las grandes potencias. A diferencia de los liberales de derechas, por otra parte, Mearsheimer no atribuye valores morales o políticos específicos a su papel en el mundo. Lo que hace único a Estados Unidos es el hecho de que es la única gran potencia que ha disfrutado de hecho de lo que todos pretendían, pero que ninguna otra alcanzó: en concreto, una verdadera hegemonía regional²⁴, ya que desde los tiempos de la doctrina Monroe, Estados Unidos ha sido la única gran potencia en el hemisferio occidental a la que no se podía desafiar; ningún Estado rival de Europa o Asia ha alcanzado nunca una situación tan privilegiada. Protegidas por dos océanos frente a cualquier intruso, las Américas han sido el patio trasero exclusivo de Washington. Ahí está, al parecer, el probable origen de la fuerte creencia de Mearsheimer en el poder de contención del mar como clave de toda la geopolítica moderna.

Nos hallamos entonces frente a la siguiente paradoja: Estados Unidos puede ejercer un dominio sin rival en la masa continental que va de Alaska a Tierra del Fuego, pero por la misma razón nunca podría esperar adquirir un ascendiente equivalente al otro lado del océano. La hegemonía global siempre ha estado, y sigue estando, fuera de su alcance. Fuera del hemisferio occidental, el papel de Estados Unidos ha sido siempre, por lo tanto, el de un equilibrador a distancia. Así es hoy y seguirá siendo en el futuro (salvo en la inconcebible circunstancia de que alcance, no ya una mera superioridad, sino el monopolio exclusivo de las armas nucleares). Demorando fríamente sus intervenciones en las dos guerras mundiales desencadenadas en Europa para asegurar el previo debilitamiento máximo de sus rivales, y el mínimo coste propio, Estados Unidos contribuyó dos veces a bloquear el surgimiento de Alemania como potencia hegemónica continental, y luego emprendió la Guerra Fría para evitar que Rusia dominara un extremo de Eurasia y China el otro. Históricamente, sin embargo, sólo se ha visto envuelto en conflictos entre grandes potencias al otro lado del mar cuando temía el surgimiento de una potencia hegemónica regional que no pudiera ser contenida por una coalición local, prefiriendo siempre «traspasar» la tarea a otros antes que asumir la ardua responsabilidad de contrarrestar el peligro por sí mismo.

Ahora que la gran amenaza que representaba la Unión Soviética ha desaparecido, concluye Mearsheimer, podemos esperar que Estados Unidos vuelva a su papel tradicional y retire sus fuerzas de Europa, permitiendo a los varios contendientes locales, más débiles –la recién reunificada Alemania, una Rusia humillada, unas asustadizas Francia o Gran Bretaña– impedir el ascenso de cualquier nueva potencia hegemónica entre ellas. En Asia oriental, por otra parte, la situación es indudablemente menos

²⁴ *Ibid.*, pp. 141, 170.

favorable, dado que el enorme peso demográfico y el rápido crecimiento económico de China amenazan generar con el tiempo una auténtica genuina potencia hegemónica regional, cuyo ascenso Estados Unidos debe tratar de demorar o frustrar. Pero en cualquiera de esas eventualidades estratégicas clave, Estados Unidos seguirá desempeñando el mismo papel básico que en el pasado. «Sólo la amenaza de un competidor igualado en fuerzas puede significar un incentivo suficiente para que Estados Unidos se comprometa en una distante guerra entre grandes potencias. Estados Unidos es un equilibrador a distancia, no el *sheriff* del mundo».²⁵

Sería un error despachar esta extraña conclusión de la argumentación de Mearsheimer como meramente apologética. Su libro no embellece, o apenas lo hace, la política exterior estadounidense, desde los días de Jefferson en adelante. Pero conclusiones como ésta están en cierto sentido contenidas en sus propias premisas. Es la estructura perversa de su teoría, y no anteojeras políticas corrientes, lo que las generan. Una cuestión central al respecto es la sobreestimación por parte de Mearsheimer del «poder de contención del mar». Desde el comienzo la contaminan dos errores básicos. El primero es de tipo lógico. Si es axiomático que el océano asegura que ninguna potencia hegemónica puede serlo más que a escala regional, ¿por qué tendría que haberse preocupado nunca Estados Unidos –seguro en las Américas– por la perspectiva de una potencia hegemónica en Eurasia? La suposición de que los rivales del otro lado del mar pueden alentar a los rivales próximos, requiriendo por lo tanto una intervención equilibradora a distancia, es patentemente demasiado endeble para explicar la enorme cantidad de intervenciones militares estadounidenses en todo el mundo durante el siglo xx, como si se pudiera hacer girar la tierra en torno al telegrama de Zimmermann²⁶, que es prácticamente la única prueba que aporta Mearsheimer de la amenaza de una intrusión desde fuera del hemisferio en las Américas. Se precisa de entrada algún otro motor más creíble.

La segunda debilidad de la construcción de Mearsheimer es más empírica. Si Estados Unidos ha disfrutado de un poder más o menos absoluto en las Américas desde 1900, ¿puede haberse debido al poder de contención del mar? Porque en la práctica no había –ni hay todavía– un puente terrestre entre Norteamérica y Sudamérica. El istmo que une Panamá con Colombia sigue siendo una jungla montañosa impracticable: ninguna autopista conecta las dos mitades del hemisferio. Para todo propósito práctico, Sudamérica está separada de Norteamérica por el mar, a distancias mucho mayores que las que representa el Canal de la Mancha. Un ataque estadounidense a Paraguay y Argentina no diferiría en gran medida, en cuanto a sus exigencias

²⁵ *Ibid.*, p. 392.

²⁶ En enero de 1917 los criptógrafos británicos descifraron un telegrama del ministro de Asuntos Exteriores alemán Arthur Zimmermann a su embajador en México, Von Eckhardt, ofreciendo parte del territorio de Estados Unidos a México si se unía a la causa alemana. Ese mensaje contribuyó a la entrada de Estados Unidos en la guerra [N. del T.].

logísticas, de un asalto a Noruega o Marruecos. Si acudimos a la historia, Estados Unidos fue del todo incapaz de impedir que Perón volviera al poder en 1945, ni tuvo mucha influencia en la trayectoria de su régimen. Mucho más cerca, en el Caribe, Cuba viene desafiando a Washington durante más de cuarenta años.

La hegemonía estadounidense en el hemisferio occidental es, por supuesto, verdaderamente real –diplomáticamente hablando, la famosa pulla de Castro de que la Organización de Estados Americanos se comprende mejor si se la considera como el Ministerio de las Colonias de Washington sigue siendo correcta–, pero ésta ha dependido menos de la inmunidad «insular» que del aplastante predominio económico, demográfico y territorial ejercido por Estados Unidos en el hemisferio: ventajas estratégicas tan decisivas más allá de las Américas como en el interior de las mismas.

La vía hacia el dominio global

Como deja suficientemente claro la historia, desde el momento de su entrada en la Segunda Guerra Mundial Estados Unidos ha pretendido una hegemonía no regional, sino global, y la ha logrado finalmente. Las pruebas de su ambición, abundantemente proclamadas por los principales portavoces y dirigentes políticos estadounidenses, son tan evidentes y copiosas que sería superfluo repetirlas aquí. Basta señalar simplemente la iniciativa estratégica central de Washington en la última década, no disolviendo la OTAN tras el final de la Guerra Fría, como exigiría la lógica de Mearsheimer, sino desplegándola en los Balcanes, y luego la expansión a todo trapo hasta las fronteras de la propia Rusia. Desde el 11 de septiembre, por supuesto, la «revolución en los asuntos militares» ha llevado todavía más lejos la máquina de guerra estadounidense, a territorios hasta ahora inimaginables, con bases en cinco o seis países de Asia central y puestos avanzados en el Cáucaso, añadiéndose a los ochenta países de Asia, África y Oceanía en los que ya los tenía. Las pasmosas dimensiones de esa red que ciñe al planeta cuentan su propia verdad, que evidentemente no es el «equilibrio a distancia» de Mearsheimer.

Para comprender cómo ha sucedido esto, sin embargo, es necesario una vez más mirar por detrás de las estadísticas militares al sistema social que las ha creado. Si la estrategia imperial estadounidense ha sido siempre distinta de la británica, es porque su evolución estructural y el orden doméstico estadounidense también han sido muy diferentes. El capitalismo estadounidense, tras el triunfo de los Estados septentrionales en la guerra civil, dio lugar a una potencia industrial de un tipo todavía desconocido en Europa, volcado hacia una constante innovación tecnológica y alimentado por un flujo continuo de fuerza de trabajo inmigrante, que ofrecía amplias oportunidades a una clase empresarial al mando de un Estado que apuntaba hacia una expansión sin límites. A comienzos del siglo xx Estados Unidos intentó algunas aventuras coloniales al estilo europeo,

pero su núcleo industrial no podía quedar satisfecho con una proyección del poderío internacional destinada, como en el caso británico, a la subyugación explotadora de sociedades precapitalistas. Pretendía la expansión en los mercados capitalistas más avanzados, lo que no se podía alcanzar limitándose a áreas como las Filipinas. La estructura de la industria estadounidense –por no hablar de sus finanzas– era tal que esa expansión internacional sólo se podía llevar a cabo mediante el dominio sobre el resto del centro capitalista avanzado.

Ese impulso no adoptó inmediatamente la forma de una estrategia securitaria en el sentido político convencional. En el periodo de entreguerras, los instrumentos de intervención del Estado norteamericano se desplegaron en el terreno económico. Dado que Estados Unidos no afrontaba siquiera una remota amenaza desde Europa occidental, la estrategia de Washington consistió en aprovechar los mecanismos de la deuda y las reparaciones de guerra para enfrentar a alemanes con británicos y franceses y mantener las puertas abiertas a la penetración industrial estadounidense, especialmente en Alemania, el país capitalista europeo con estructuras de acumulación más parecidas a las suyas propias. Todo eso cambió, por supuesto, con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, cuando la administración Roosevelt –como ha mostrado Gabriel Kolko en *The Politics of War* (1968)– se planteó el objetivo político de una reconstrucción de gran alcance del orden mundial que impediría cualquier regreso a un sistema de regiones y equilibrios separados al que Estados Unidos tuviera que retirarse de nuevo.

Tales planes cobraron forma definitiva con Truman, cuando las pocas voces que todavía defendían algo así como un papel de equilibrador a distancia –una de ellas fue la de Kennan²⁷, antes de virar violentamente al consenso que se estaba forjando– fueron marginadas o silenciadas. Acheson, el constructor del imperio estadounidense de posguerra, era más perspicaz: Estados Unidos podía y debía pretender nada menos que una hegemonía político-militar permanente sobre Europa occidental y Japón. Su victoria en 1945 permitió a Washington ponerse al mando de todo el centro capitalista avanzado, plantando sus tropas desde Reikiavik hasta Tokio, revitalizar los capitalismo locales en el marco internacional establecido de Bretton Woods y unir a sus elites en la causa común anti-comunista. Estados Unidos se convirtió en la potencia hegemónica regional tanto en estas zonas del centro como en las antiguas colonias europeas del sureste de Asia. Políticamente, su dominación cobró la forma de un sistema de protectorados, que gestionó con bastante eficacia una con-

²⁷ George Frost Kennan: diplomático e historiador estadounidense. Desde 1927 ocupó varios puestos diplomáticos en Europa, entre ellos en Berlín, Praga y Moscú. En 1947 formaba parte del personal encargado de la planificación del Departamento de Estado, y desde ese puesto desarrolló el concepto de «contención» como estrategia para impedir la extensión de la influencia de la Unión Soviética y mantener el *statu quo* [N. del T.].

tradicción básica del capital: el hecho de que la acumulación económica requiere un orden internacional relativamente estable y predecible, mientras el poder político está repartido en Estados que compiten entre sí. La flexibilidad de las instituciones desarrolladas entonces por Estados Unidos ofreció un marco en el que sus aliados euroasiáticos podían crecer y florecer de forma aceptable y favorecer al mismo tiempo de buena gana a su protector. Mientras existiera la Unión Soviética, la hegemonía estadounidense nunca podía ser, por supuesto, más que parcial o multirregional, pero desde el colapso de la URSS no ha existido un «competidor homólogo» —como diría Mearsheimer—, y la hegemonía estadounidense se ha hecho por primera vez verdaderamente global.

Eso no significa, por supuesto, que su poderío sea absoluto ni ubicuo. Como insiste el propio Mearsheimer, China, Rusia, Alemania, Francia y muchos otros Estados menores mantienen sus propios intereses y objetivos, que no siempre coinciden con los de Estados Unidos. La hegemonía, después de todo, como la concibió su teórico original Gramsci, no es lo mismo que la autocracia, ya sea doméstica o internacional. Significa más bien un liderazgo económico, social y cultural, basado no sólo en la fuerza militar, sino en la capacidad ideológica de imponer a los aliados e incluso a los adversarios las imágenes e ideas del Estado hegemónico como valores universales. ¿Y quién puede dudar del atractivo del «sueño americano» sobre las variadas elites nacionales del G-8 y de la APEC [Cooperación Económica Asia-Pacífico]? Considerado estratégicamente, Estados Unidos es el único Estado al que se puede aplicar sin ambigüedad el esquema del «realismo ofensivo» de Mearsheimer, una vez privado de su irreal cláusula marítima, ya que ni la Alemania nazi ni Japón tenían serias ambiciones más allá de la hegemonía regional en la década de 1940, pero la lógica de la expansión estadounidense sí ha sido verdaderamente ilimitada; «poder tras poder», en palabras de Hobbes, extendiéndose hasta los confines de la tierra. Pero si eso ha sido posible, es por que ese Estado no ha perseguido únicamente sus propios intereses a expensas de todos sus rivales, sino que ha asegurado las condiciones generales para la expansión del capitalismo como sistema, algo en lo que todos ellos estaban también interesados.

¿Futuras fracturas?

En esa configuración, el Estado norteamericano no sólo ha mantenido sino que ha reforzado el particularismo de su orden político. Se trata de una estructura que se ha visto transformada dramáticamente por su propio sistema de protectorado, acrecentando un enorme y muy influyente sector militar en el corazón mismo de su sistema político, y con una cohesión social que se consolida más cuando tiene un enemigo mortal en el extranjero, alentando y unificando a su población. En resumen, Estados Unidos se ve incitado hoy día, por su política interna y su proyección internacional, a una lucha por dominar el planeta. Mearsheimer tiene por supuesto

razón cuando argumenta que, pese a su poder, para Estados Unidos sigue siendo extremadamente difícil librar una guerra a gran escala en Eurasia. Pero los obstáculos no son las barreras logísticas creadas por los océanos. La Tormenta del Desierto mostró la extraordinaria capacidad de Washington para proyectar su poder a gran distancia. Los impedimentos son internos y socioculturales. El pueblo estadounidense y sus militares no están dispuestos a aceptar un gran número de bajas; han perdido el apetito por una carnicería a escala coreana o vietnamita. Pero como compensación Estados Unidos ha desarrollado un monopolio de tecnologías cada vez más precisas de guerra electrónica que le capacita militarmente, a escala mundial, para ejercer una gran presión –cosa sobre la que calla Mearsheimer– sobre otros Estados, a falta de la guerra terrestre entre grandes potencias. Además, se está preparando febrilmente para construir una coraza antimisiles balísticos que le proporcionaría una capacidad ofensiva nuclear inalcanzable para ninguna otra potencia. Su potencial para guerras de baja intensidad y acciones encubiertas para desestabilizar Estados menores es también impresionante.

Pero también hay impedimentos externos. Aunque sus servicios militares y de seguridad representan evidentemente un sostén deseable para gran cantidad de regímenes del sur, y su potencial destructivo puede inclinar la voluntad de muchos Estados a los propósitos estadounidenses, está todavía por demostrar que Estados Unidos cuente ya con capacidad tecnológica suficiente para prevalecer sobre una resistencia política seria enraizada popularmente. La guerra del Golfo no bastó en ese sentido, y el balance militar de la campaña de Kosovo fue como mucho ambivalente. Afganistán ha sido un impresionante espectáculo electrónico, contra un cuasi Estado muy frágil. Atacar, mantener y transformar Irak sería una demostración más seria de la eficacia política de la tecnología bélica estadounidense, y probablemente requerirá la disponibilidad para situar tropas de combate sobre el terreno para controlar a la población. Tampoco está claro que el capitalismo global necesite hoy día desesperadamente el febril despliegue de la fuerza armada estadounidense para protegerse de la disidencia. Como barrera defensiva para el futuro, la capacidad del Pentágono es sin duda valiosa, pero el recurso excesivo a ella no tranquilizará a los mercados financieros ni estabilizará el precio del petróleo, ni siquiera mantendrá a salvo el dólar o los mercados monetarios. Regímenes de los que se supone que cederán frente a las amenazas quizá no siempre lo hagan: Estados Unidos podría verse arrastrado a guerras que no espera ni desea. En las bolsas todavía no se ha desvanecido del todo la memoria del río Yalu²⁸.

Y lo que es más fundamental aún, todavía está por demostrar que la interacción del poder imperial estadounidense con los sistemas sociales de un

²⁸ El 19 de octubre de 1950 tropas chinas cruzaron ese río, que separa de Corea la República Popular China, enfrentándose al VIII Ejército estadounidense y haciéndolo retroceder al sur del paralelo 38 [N. del T.].

mundo capitalista muy ampliado vayan a generar el mismo tipo de adhesión al «sueño americano» que tanto entusiasmó a las elites de los países de la OCDE durante las décadas de posguerra. La perspectiva de los arquitectos del siglo americano, desde Elihu Root hasta los Rockefeller, pasando por Stimson y Acheson, que creían que el capital excedente estadounidense podría transformar y unir al mundo, corre el riesgo de transformarse en algo que se parece más bien a lo contrario: una economía estadounidense que requiere la manipulación de las relaciones monetarias y financieras globales, así como las políticas, para absorber capital con el que mantener sus expansiones consumistas y burbujas especulativas domésticas. El despliegue de los instrumentos de intervención militar del Estado norteamericano y sus intereses geopolíticos, destinados ambos cada vez más a sostener relaciones socioeconómicas internacionales demasiado dictadas por los intereses domésticos estadounidenses, podrían quizá generar tensiones muy graves en el núcleo del nuevo orden global. Una potencia hegemónica que hasta ahora ha dominado siempre indirectamente al resto del centro capitalista, configurando el entorno exterior de sus aliados subordinados, podría sentirse presionada a apuntar su arsenal más directamente hacia ellos.

The Tragedy of Great Power Politics elude todos esos interrogantes. Su interés analítico se eleva resueltamente por encima de los cambios que se verifican en los compromisos y en el carácter histórico de los Estados cuya trayectoria histórica analiza. Pero si eso constituye en cierto modo una mutilación, en otros aspectos concede, paradójicamente, duradero interés y valor al libro, ya que las restricciones suponen también una abstención. La obra de Mearsheimer es diametralmente opuesta a las ideologías oficiales de la época, que tratan profusamente de delinear el carácter «concreto» de esos Estados en dos sentidos. O bien se nos presenta la promesa de una «paz democrática» como la preconizada por Kant, en la que los principales Estados capitalistas de la época han abjurado para siempre de la violencia como una impensable violación de la armonía civil entre ellos, o bien se nos ofrece la visión de unos Estados «posmodernos» o «sometidos al mercado», que han dejado atrás las vulgares ambiciones de los Estados-nación modernos y cooperan en la construcción de una «comunidad internacional» civilizada en el Norte, llevando a cabo una implacable batalla contra los Estados delincuentes y las células terroristas fuera, en el bárbaro Sur, como son las piadosas o frenéticas apologías del imperio americano ofrecidas por escritores como Bruce Russett y Philip Bobbitt²⁹. *The Tragedy of Great Power Politics* evita este tipo de sandeces apologéticas. Aunque la perspectiva que nos presenta es estremecedora —la probabilidad de guerras entre los principales Estados del siglo XXI—, Mearsheimer ni la oculta ni la aplaude. La izquierda puede aprender en él más que en muchos tratados sobre las futuras maravillas del orden global.

²⁹ Bruce RUSSETT, *Grasping the Democratic Peace*, Princeton, 1993, y Philip BOBBITT, *The Shield of Achilles: War, Peace and the Course of History*, Nueva York, 2002.